

IMPRESIONES

Ya Fontanills duerme su sueño tranquilo. Su último **asistiré** no arrastró, con ser mucha, la gente que en venturosos tiempos pretéritos acostumbraba a concurrir a donde el cronista prometía hacer acto de presencia. Quizás esto se deba a que el cronista, por primera vez y por la última, no fué el conductor, sino el conducido y a que a Fontanills, el trabajador infatigable, no le es dado hacer la reseña de su entierro.

Fontanills fué el creador de la crónica social. ¿El creador? Sí. El creador. Hágase la crónica de otra manera que no sea a lo Fontanills y se verá si es cierto lo que decimos. Reséñese un acto social en otro título que en el de Fontanills, bajo otros cánones, suprimáanse los adjetivos... y no lo leerá nadie. Será una noticia social, pero no una crónica social. Profundo psicólogo, este hombre extraordinario que supo imponer su modo de decir cosas lindas a toda una sociedad, no es reemplazable.

A Fontanills, como creador de la crónica social en la forma y con las dimensiones actuales, se le acusaba (en voz queda) por algunos de nuestros sociólogos como un cultivador de la frivolidad ambiente. Acusación injusta, porque la frivolidad, como la vanidad, es yerba del jardín humano que no necesita del riego para que se desarrolle a expensas de otras plantas más útiles susceptibles de brotar en el propio jardín. Fontanills lo que hizo fué espiritualizar una materia eminentemente vulgar, prosaica.

Materia vulgar digo, porque ¿habrá algo más carente de poesía que el enterarnos de los pormenores de la existencia de los demás? De la existencia de los demás, no en sus aspectos transcendentales, sino en lo cotidiano, baladí y sin importancia. Es un hecho irrefragable que la mayoría de los que forman la **high-life** sienten una curiosidad terrible por saber lo que, en los más de los casos, cuando llega a concretarse la pregunta suele toparse con un ¿y a usted qué le importa? Sienten esa curiosidad inexplicable y además el afán, menos explicable aún, de que el prójimo se entere de lo que hacen

ellos. Este doble prurito de saber lo que hacen los otros, y de que los otros sepan lo que hace uno es lo que imprime a la crónica categoría de columna vertebral de nuestras publicaciones.

Fontanills la adornó, la amenizó y la dotó de las alas con las que tomó este vuelo extraordinario que fuera de aquí choca, también extraordinariamente.

Fontanills sabía decir las cosas con una precisión en el uso de los vocablos que sorprendía a los que, por razón del oficio, sabemos de la enorme dificultad de expresar la idea sin decir más de lo que se quiere y menos de lo que se debe.

No fué un informador corriente, sino un periodista de fuste, cuyo nombre llenó toda una época. Dadvioso, como hombre de pluma al fin, su generosidad se desbordaba en formas distintas: en la ayuda a los necesitados, en el favor que requería el humilde principiante, en los juicios benévolos para cuantos se le acercaban con pocos recursos en el bolsillo y grandes proyectos en la imaginación y, sobre todo, en la prodigalidad de sus palabras amables con la que hacía un momento felices a inúmeros ingenuos que suelen tomar los adjetivos al pie de la letra.

Descanse en paz el viejo amigo y magnífico camarada a quien esta generación no será fácil que olvide. Pasarán los años, y con los años las costumbres, y con las costumbres, quizás también los periódicos. Pero muchos han de transcurrir para que no quede una viejecita que relate un día a su nieta cómo hace tiempo, mucho tiempo, había en la Habana, un hombre gordo, muy gordo y muy simpático, que jamás causó una pesadumbre a nadie, y que fué a la boda de la abuelita y la describió en frases galanas, y dijo de la novia cosas lindas, muy lindas... tan lindas que la nietecita sentirá el dolor de que aquel hombre se haya muerto sin conocerla a ella...

DM
Mayo 22/32



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA